

¡Gracias, mi bella y generosa camarada, por el cariñoso envío que me ha hecho usted con su dulcísimo libro!

Los panoramas de *Música Sencilla* están ilustrados por uno de los más notables dibujantes centroamericanos, por Noé So-

lano, poeta de la línea delicada y expresiva, pero también agudo y temible caricaturista.

Música Sencilla, es un libro singular, esplendoroso y óptimo; y Blanca Milanés, una de las más personales y nobles escritoras indo-americanas.

Francis Laguardo Jayme

(El País. La Habana).

Rimadores y profetas

(Véase la entrega anterior).

SE necesita atrevimiento para lo que voy a decir; pero hélo aquí: aflige ver al genio hablando en verso. Por lo menos en la versificación moderna tiene la forma rimada y aun la libre no sé qué de artificio y de gimnasia propios del juglar, del trovero. El acertijo de las consonantes nos recuerda los juegos de salón en que luce la agudeza, la agilidad de la fantasía. Luego lo que es más importante, la cadencia nos deleita con su són, nos apega a la reja de la serenata, pero rara vez nos lleva hasta el cielo. Para eso se necesita que calle el trovero a fin de que hable Fray Luis:

Quando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado...

No se puede negar que hay casos en que la rima y la cadencia son como fórmula mágica única a propósito y la mejor posible expresión del estado poético. Ejemplo notorio de este prodigio es el estilo del Dante, que se pasó cincuenta años de genio puliendo el pensamiento de su Comedia hasta dejarlo expresado y de manera inmejorable en verso. Casi no conozco o por lo menos no reconozco otro caso en que se junten de esta suerte el pensador y el poeta. El gran poeta que es Shakespeare nos resulta como pensador, si nos lo ponen en prosa, menos que cualquiera de los buenos ensayistas filosóficos de Alemania. El pensamiento del poeta, despojado de las sonoridades en que se envuelve, rara vez escapa la suerte que tiende a confundirlo con lo que en in-

glés y en francés se llama *platitude*, es decir, cosa llana y corriente. Se perdonan estas platitudes, se olvidan casi del todo cuando la magia de la expresión alcanza proporciones de música del ánimo. Esto ocurre con Darío, a pesar de que en Darío casi no hay emoción, salvo la emoción refinada y sobrenatural de la magia eufónica. En Shakespeare la emoción desborda, pero acierta a cuajar en ritmos de poesía, por eso es por excelencia *el poeta*. Y el Dante, poeta y algo más. No ando a caza de teorías, señalo nada más estas observaciones de paso, para ayudarme a juzgar los versos de Martí.

Recojo algunos versos de la composición titulada *Yugo y Estrella*:

Este, es un yugo: quien lo acepta, goza.

.....
esta, que alumbra y mata, es una estrella.
Como que riega luz, los pecadores
huyen de quien la lleva, y en la vida,
cual un monstruo de crímenes cargado,
todo el que lleva luz se queda solo...

Leo todo este corto poema, a ratos un poco difícil de sintaxis y tras de un leve esfuerzo desentraño un pensamiento como ráfaga celeste. Hasta lo más hondo me siento traspasado por el destino, conmovido y aliviado después por la anunciación remota del final trascendente:

se enciende, como a fiesta, el aire claro, (etc.)

.....
Así nos ocurrirá a menudo leyendo a Martí poeta, que al paso de versos que parecen malogrados, de pronto el des-

tello se sobrepone al convencionalismo de la forma y nos desgarran, nos sacude y nos ilumina. Comparad esta estrella sublime con aquella otra estrella que porta en la mano nuestro Darío:

Yo soy aquel que ayer no más decía (etc.)

Veréis, no sé lo que veréis, lo que yo veo es una estrella de papel de plata sobre el azul celeste del escenario de la literatura. No nos podemos arrancar a la fascinación de aquél que por su garbo meramente externo, nos deja resonando su frase en el oído:

Yo soy aquél... y sin embargo.

La diferencia es patente y nos explica el destino diverso de las dos ilustres almas. Ya hay que hacer imágenes para darnos a entender: digamos que Darío es el monaguillo del señor; el que da vuelta a los cascabeles sonoros de la misa celeste; en tanto que Martí es uno de los que han de volverse lengua de fuego de la justicia.

Un pensamiento de ese género tiene su estilo propio; no desciende, no debe descender a la rima; por eso a ratos disgusta sentir a Martí haciendo versos; cuando el mensaje humano se acerca al Verbo, no le corresponde otra armonía que la que tiembla en la Biblia, en el libro de la Revelación. Más de Isaías y menos de Gutiérrez Nájera, eso imploramos para el alma heroica del iluminado poeta. A veces lo logra.

Mi mal es rudo; la ciudad lo encona;
lo alivia el campo inmenso. ¡Otro más vasto
lo aliviará mejor! Y las oscuras
tardes me atraen, cual si mi patria fuera
la dilatada sombra.

¡Oh verso amigo,
muero de soledad, de amor me muero!
No de amor de mujer; estos amores
envenenan y ofuscan. No es hermosa
la fruta en la mujer, sino la estrella.

.....
¡Te digo, oh verso, que los dientes duelen
de comer esta carne.

Es de inefable
amor del que yo muero, del muy dulce
menester de llevar, como se lleva
un niño tierno en las cuidadosas manos,
cuanto de bello y triste ven mis ojos...

No siempre pudo ser lo que era y no por culpa de él, por culpa de su raza, que lo negaba, lo desconocía y lo traicionaba. ¿Qué hacía aquel hombre en

Nueva York? ¿Por qué no estaba en México fustigando la injusticia, abundante allá como el fango en los pantanos? ¿Por qué no estaba en la Argentina? A Cuba fué a cumplir con su glorioso destino y los españoles le depararon lo que hace tiempo depara nuestra estirpe a sus mejores hijos: el cadalso. Para los asesinos suele reservarse el cetro. A México fué, ¿por qué no se quedó allá? ¿Y la fábula de nuestras hospitalidades? Probablemente le dieron algún empleo de juez en alguna aldea, como al insigne Heredia, o probablemente no le dieron ni eso, y si le recomendaron que no abusara de la generosidad del gobierno para hablar en contra de España, con la cual estábamos los mexicanos "en buenos términos". Así de imbécil es la vida contemporánea. Como en el caso del gran Justo, todos en él pusimos nuestras manos. ¡Ay de los pueblos que destierran y asesinan a sus profetas!

Estaba Martí en el extranjero, en un país extranjero cerrado como una cárcel y mudo como Babilonia en el tumulto de sus lenguas diversas; no pudo, no podía echarse a predicar por los campos como San Francisco, o recorrer las ciudades agitando la opinión, como Madero. Con Martí cometimos el crimen máximo: echarlo de entre nosotros, allí donde no había pretexto para matarlo; en seguida matarlo cuando pisó la tierra que sólo por él se pudo haber salvado y que todos sabemos no se ha salvado!

Condenado, pues, al encierro de celdas y de salones, ese poeta de espacios, su arte, a veces, se adapta a las preciosidades y perfecciones de lo que ha de verse y palpase de cerca. La providencia se complace en el genio y sabe recompensarle de todo lo que los hombres le niegan. Yo no puedo sino imaginar el raudal de alegría que ha de pasar por el corazón del artista cuando compone versos como los que siguen:

Quiero, a la sombra de un ala,
contar este cuento en flor:
la niña de Guatemala,
la que se murió de amor.

El lucero

David Hine (Costa Rica)

¡Recuerdas, por ventura, hermosa mía,
aquella noche silenciosa y bella
en que el fulgor de una apacible estrella
hacia los dos tranquilo descendía?

¡Cuántas veces después los nubarrones
eclipsaron su brillo de repente!
Aunque ella luce siempre refulgente
allá en la soledad de sus regiones!

Así también de nuestro amor, bien mío,
brilla el lucero en la borrasca y calma;
pues fija está tu imagen en mi alma
como la estrella en el azul vacío.

The bright star

David Hine (Costa Rica)

Oh, do you remember, my fairest,
That silent and beautiful night
When a peaceful star, far up in heaven,
Shone down on us, tranquil and bright?

How often, since then, the black storm clouds
Have hidden its lustre from view!
Yet still it beams glorious ever
In its solitude there in the blue.

So likewise, in calm or in tempest,
Dear heart, shines the light of our love;
For fixed in my soul is your image,
Like the star in the blue sky above.

Version by ALICE STONE BLACKWELL.